

# EL ESTADO

Esta quicena llamada Estado, fantasma para el bien, de cuerpo tangible para el mal, tiene numerosos adoradores. Hasta podemos afirmar que fuera de la minoría anarquista, se postea a sus pies todo el género humano. El hombre es aun un animal religioso. Continúa fabricando dioses para darse el inútil trabajo de invocarlos y temerles. Y los dioses fueron siempre sordos a sus rezos. Pero sigue rezando. Fue perdiendo la fe en Dios, luego en el buen monarca, pero la repone enseguida en el Estado. De dioses no salimos, o mejor dicho, de gobernantes no escapamos, y como los gobernantes son hombres de carne y huesos como todos los mortales, tropezamos con sus errores y maldades lo mismo en las teocracias que en las autocracias, en las democracias capitalistas de hoy como tropezaremos en las democracias socialistas estadísticas que se avencian por culpa de este fetichismo de las multitudes ignorantes.

Vamos a asestar unos cuantos golpes a este dios moderno y demostrar que es inútil, no- civo, impotente, gravoso, coercitivo, incoherente y antiprogresivo. De poder disponer de las páginas de un libro, haríamos diluviar estos golpes desde los cuatro puntos cardinales de la mentalidad que ha dejado o va dejando de ser fetichista. No disponiendo de él, nos limitaremos a los que nos parecerán más demostrativos y convincentes y tendentes a nuestro objeto, es a saber: desvanecer esta religiosidad política de las multitudes obreras y no obreras que les lleva a pedir a sus gobernantes lo que éstos no pueden darles, lo que deberían hacer surgir de la iniciativa individual y del espíritu de asociación, que son fuerzas reales y positivas y no quiméricas y contraproducentes como las del Estado.

Convenimos, sin embargo, en que mucho costará desvanecer este fetichismo. La pereza mental de las multitudes es muy grande, como grande es su rutinismo y su abulia. Y si a eso se agrega el interés que tienen los hombres que gobiernan y los que aspiran a gobernar en que haya creyentes en la eficacia gubernamental, la tarea que incumbe a la crítica anarquista es más ardua. Con todo, algo se ha conseguido. Cuando desde las columnas de la prensa conservadora se truenan ya contra el fetichismo, aun que sin atreverse con el fetichismo, es una señal de los tiempos. Puede esperarse una evolución de los espíritus. Que así como son grandes el rutinismo y la abulia de los creyentes, grandes son también los desasosos gubernamentales que contribuyen a hacer abrir los ojos. Y a darnos la razón a los que rotundamente negamos la eficacia del gobierno y de la autoridad.

## Definición del Estado

Entre tantos regímenes políticos desiguales democráticos, duguit no establece diferencias: decláralos a todos igualmente ilegítimos por su fuente y su origen, pues allí donde tantos autores ven juegos de principios, él no ve más que una diferenciación entre los más débiles y los más fuertes, diferenciación más o menos acentuada según los tiempos. «Monarquía, aristocracia, democracia, realza, república, producto de la evolución, son la traducción en lenguaje tradicional del hecho que uno sólo, unos cuantos o una mayoría son más fuertes que los demás.»

MÁXIMO LEROY

Las transformaciones en la puissance publique, páginas 106-113.

## Negación del Estado

Lo que nos oculta este hecho brutal, es la ficción del Estado, personificación de la colectividad, ficción cuya teoría hizo Rousseau con el nombre de derecho de la mayoría. Duguit rechaza el derecho de la mayoría, y, contrariamente a Rousseau, cree que el pueblo puede equivocarse, y por tanto se niega a conceder un carácter jurídico a sus errores, aunque los consagren las formas oficiales. Todo su pensamiento está encerrado en esta frase insurreccional de giro «proudhoniano: Hay un derecho contra el Estado, porque el Estado no es el creador del derecho.»

Si el Estado no es más que la diferenciación entre gobernantes y gobernados, es pues, realmente, una relación de poderío gratuito lo que une a los detentadores del gobierno con los que les sirven, amos y servidores; el interés público, ofensivamente opuesto a toda vealidad de emancipación, no es más que un interés particular, una suma de intereses particulares: el Estado no puede ser neutro, puesto que solo representa a los más fuertes de la nación. Por consiguiente, reclamar su neutralidad entre todos los intereses individuales, como enseña la teoría de escuela, es querer pedirle que se tralice a sí mismo. No puede hacer más que resistir: defender de los gobernantes es luchar contra las empresas de los que pretenden reducirle a una gerencia administrativa, revocable. Este es su deber, si es que hay un deber en querer persistir en ser lo que se es.

Los funcionarios son los agentes ejecutivos de los más fuertes; éstos exigen de ellos la obediencia, hasta llegar a pedirle que engane, fuera del servicio, toda la parte de libertad que podría cercenar su poderío. A esto se llama gerarquía y disciplina. Al examen, los funcionarios aparecen, pues, verdaderamente como agentes de un partido. El gobierno les paga, dice la sabiduría popular cuando quiere legitimar la obediencia de los empleados públicos; buena razón que desprende de toda teoría, involuntariamente, la práctica de todos los Estados.

Este partido es la burguesía, una clase. El Estado es su armadura exterior. El Estado burocrático dice: mis empleados, como el patrono dice: mis obreros y talleres, mis obreros, «yo los alimento, yo les doy trabajo.» El guardaesquilos dice igualmente mi cancellería. He ahí el poder; los demás no tienen más que obedecer y obedecen. La obediencia, he aquí todo el derecho del salariado. Afortunadamente hay obreros y jefes para recordárselo, si lo olvidare, y premios para recompensar esta obediencia.

En realidad, no hay diferencia entre la dependencia del obrero con relación a su patrono y la del empleado con relación al Estado, porque Estado y patrono les pagan. La violencia del Estado no es más que una forma de la violencia económica.

no disimulada, la corvea moderna y disimulada constituye una privación de libertad. En efecto, las autoridades dicen al ciudadano: «emplearemos tal parte de vuestro trabajo como queramos nosotros y no como quisiéramos vosotros», y los ciudadanos son esclavos del Gobierno proporcionalmente a la extensión de estas exigencias.

«Pero es en vista de su bien que son esclavos, se nos responderá; el dinero que les quitamos asegurará su bienestar de una u otra manera». Esto es la teoría, en efecto, pero la teoría resulta contradictoria por la masa enorme de legislación perjudicial que llena nuestras colecciones de leyes. Por lo demás, esto no es una respuesta. La cuestión que discutimos es, antes que nada, una cuestión de justicia. Admitamos, aunque no sea verdad, que las ventajas pagadas por medio de estos gastos públicos extraordinarios sean equitativamente repartidas entre todos los que contribuyen en ellas; no por esto deja de ser verdad que esta manera de obrar está en contradicción con el principio fundamental de un orden social equitativo. Desde el momento que la obligación es forzosa, la libertad queda violada, aun cuando los mismos que fuerzan se imaginen obrar en bien del ciudadano forzado. Imponiendo por la fuerza sus voluntades a la voluntad de este ciudadano, violan la ley de igual libertad en su persona; su móvil poco importa. El número de los agresores no santifica una agresión que sería criminal si la cometiere uno solo.

Indudablemente la mayor parte de sus lectores, leerán con extrañeza esta condenación del poder ilimitado del Estado y la afirmación de que el Gobierno «es culpable» cada vez que franquea los límites que hemos prescrito. En todas partes y siempre las creencias asociadas a las instituciones y a las costumbres establecidas parecieren irrefutables a sus adeptos. En todas partes el furor de la persecución religiosa se ha apoyado sobre la convicción de que la disidencia de las creencias recibidas implicaba la maldad premeditada o la posesión demoníaca. En los tiempos en que el Papa era el amo supremo de los reyes, se tenía por monstruoso dudar de la autoridad de la Iglesia; actualmente en ciertas regiones del África parece monstruoso apartarse de las creencias locales. «Estos hombres blancos son insensatos», exclaman los negros cuando hablan de la incredulidad de los europeos. No hace mucho que en Fiji el nombre español, fue de ataduras, que se le matara, declarando que «la voluntad del rey debía cumplirse», y nadie ponía en duda el derecho del soberano. En Europa, mientras la doctrina del derecho divino de los reyes estuvo universalmente aceptada, la inmensa mayoría consideraba como el más negro de los crímenes afirmar que no se debía obediencia a un hombre solo. Apenas hace un siglo que el populacho estuvo dispuesto a matar al grito de ¡Viva la Iglesia! ¡Viva el Rey!, a un predicador culpable de haber públicamente expresado su desaprobación a la forma política y eclesialista del Gobierno establecido. Más o menos sucede esto todavía y la mayor parte de los hombres tratarán seguramente de loco o de fanático al que rechace la autoridad ilimitada del Estado. Hemos sustituido «la aureola divina que ciñe la cabeza de los reyes» por la aureola divina que rodea el Parlamento. El gobierno de varios centenares de cabezas, elegidas por la multitud ignorante, que se ha sustituido a la única cabeza que se creía designada por el Cielo, reclama y obtiene los mismos poderes ilimitados de este último. El derecho sagrado de la mayoría, generalmente estúpida e ignorante, a dominar a la minoría a menudo más inteligente y más instruida, se extiende a todos los actos de coerción que le place promulgar, y esto parece de una rectitud y de una evidencia absoluta a mucha gente.

HERBERT SPENCER

Justice, pág. 202-205.

## Impotencia del Estado

Y esta resistencia a cuanto el poder público dispone, está ahora acompañada de otra costosa novedad que consiste en pedir todo al Gobierno. Todos los españoles que venden han decidido que el Gobierno les señale el precio más alto para efectuar un exceso de trabajo mayor. La serendumbre parcial que de ello resulta se ostentaba sin reboto en tiempos del feudalismo, cuando con el nombre de corveas las clases sujetas debían a sus señores censos especificados como tiempo o como trabajo; la conmutación pecuniaria de estos servicios ha cambiado la forma de esta carga, pero no ha cambiado su naturaleza. Una corvea de Estado continúa siendo una corvea aunque en lugar de pagarla en géneros especificados de trabajo los contribuyentes la paguen en forma de sumas de dinero equivalentes: como la corvea bajo su forma original y

satisfechos sin pensar en que ni el Nuncio ni el Estado nos van a sacar del apuro en que nosotros mismos o las circunstancias nos han colocado.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

La Vanguardia, Barcelona, 9 septiembre 1918.

## El Estado

Quisiera que se fundara un premio, no de quinientos francos, sino de un millón, con coronas, cruces y cintajos, a favor del que diere una buena, simple y clara definición de esta palabra: el ESTADO.

¡Qué inmenso servicio prestará a la sociedad!

¡El Estado! ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Qué debería hacer?

Todo lo que de él sabemos, es que es un personaje misterioso, y seguramente el más solicitado, el más atormentado, el más atareado, el más aconsejado, el más acusado, el más invocado y el más provocado en huelga general.

¿Pero quién es el Estado? Sin duda hemos creído que es un ser con vida propia, que produce el oro por arte de encantamiento y que está creado por la Providencia para subvenir a nuestras necesidades cuando se nos antoje solicitar su auxilio. No nos hemos enterado todavía de que cuando un español dice: Eso, que lo pague el Estado, no afirma otra cosa sino que, eso lo debo pagar yo; muy pronto se verá como todos esos gastos que generalmente echamos sobre ese ente del que tenemos tan descabellada idea, empiezan a pesar sobre nuestro bolsillo.

Suponemos que el actual ministro de Hacienda vive en un verdadero estado de terror: un día se le piden una gran cantidad de millones para aumentar sueldos a empleados civiles y fuerzas del ejército, otro para resarcir de sus daños a los cosecheros de una región, otro para comprar artículos de primera necesidad en el extranjero, otro para abonar a los navieros diferencias de flete, otro para asegurar barcos destinados a servicios nacionales, otra para pagar primas a comerciantes, agricultores, etc., etc., otro para implantar organismos nuevos, comités, centros, comisiones... en una palabra, no acude un día a su despacho sin hallarse con un nuevo crédito para aumentar terriblemente el presupuesto de gastos, con millonadas que no sabe de donde sacará, ni cómo, ni cuándo.

Ya sabe que en cuanto intente aumentar un tributo en algunos céntimos nada más, la resistencia será formidable; ya sabe que la creación de un impuesto nuevo puede convertirse hasta en una cuestión grave de orden público; ya sabe que los odios de todos los españoles se desatan contra el que ose imponer un tributo por leve que sea sobre los que hoy existen; ya sabe que todos los ciudadanos cuando reciban la papeleta del recaudador se dispondrán a la defensa de su bolsillo por todos los medios que se hallen a su alcance. ¿Cómo resolver este problema de gastar mucho y recaudar poco?

No faltarán arbitristas que lo resuelvan pronto recordando que para algo están los empréstitos en el mundo; pero esto no es remedio porque los empréstitos crean intereses, los intereses son un nuevo gasto y a la fin y a la postre hay que acudir a los tributos e impuestos nuevos y viejos. Este es el porvenir que nos espera y que vemos con una tranquilidad espantosa o con una ignorancia tremenda de las consecuencias de la actual situación. Cuando oímos que los ministros se van a reunir para tratar del próximo presupuesto, no podemos menos de compadecernos. La tarea someteda a su resolución es de aquellos que pueden considerarse superiores al entendimiento humano: los trabajos míticos de Hércules no son nada al lado de la tarea de acoplar en un presupuesto de ingresos, el de gastos que ha creado el actual despilfarro. Se trata de colocar un contenido en un continente menor, imposibilidad física y moral que no de realizarse tiene por pena la más espantosa bancarrota. Verdad es que el consuelo de los tontos no nos falta en esta ocasión como en todas las de la vida: peor será la situación económica de los países beligerantes, donde se ha gastado mucho más dinero y donde la restauración de las fuerzas contrributivas será mucho más difícil.

Sigamos, pues, pidiéndolo todo al Estado sin perjuicio de censurar unos lo que se hace en favor de otros, sigamos empujados en no sufrir la menor estrechez de las que la guerra ha impuesto a todos los pueblos neutrales: al final pagaremos nuestras culpas todas juntas. Para quitarnos quebraderos de cabeza habíamos inventado una curiosa fórmula: cuando no queríamos entender en un asunto molesto por cualquier razón, decíamos a nuestro interlocutor: Eso se lo cuenta usted al Nuncio. Ahora tenemos otra para resolver los más difíciles asuntos económicos que la guerra nos plantea y decimos: Eso, que lo pague el Estado. Y con estos traslados nos quedamos tan

resaca como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«¡Oh!, señores, un poco de paciencia, responde el Estado con aire lastimero.

«Procuraré satisfacerlos, pero para esto necesito algunos recursos. Tengo preparados unos proyectos concernientes a cinco o seis impuestos nuevos, los más benéficos del mundo. Ya veréis cuán fácil os será pagarlos.»

Pero entonces surge el vocerío entre los anteriores pedigríes: «¡vaya un mérito hacer algo con semejantes recursos! No valdría la pena de llamarse Estado. En vez de recargarlos con nuevos impuestos les intimamos a retirar los antiguos. Suprime:

«El impuesto sobre la sal;»  
«El impuesto sobre las bebidas;»  
«El franquico de la correspondencia;»  
«Los consumos;»  
«Las patentes;»  
«Los recargos.»

En medio de este tumulto y después que el país ha cambiado dos o tres veces su Estado por no haber satisfecho estas peticiones, quise hacer observar que son contradictorias. ¡Ojalá me hubiese llamado! ¡Más me habría valido guardarme para mí esta desgraciada observación!

Héteme desacreditado para siempre, pues todo el mundo conviene en decir que soy un hombre sin corazón y sin entrañas, un filósofo de secano, un individualista, un burgués, y por decirlo todo de una vez, un economista de la escuela inglesa o americana.

¡Oh! perdonadme, escritores sublimes que nada os detiene, ni siquiera las contradicciones. No tengo razón, ya no me cabe duda, y me retracto de todo corazón. Estad seguros de que me alegro de que hayáis descubierto verdaderamente, fuera de nosotros un ser benévolamente, fuera de nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«¡Oh! perdonadme, escritores sublimes que nada os detiene, ni siquiera las contradicciones. No tengo razón, ya no me cabe duda, y me retracto de todo corazón. Estad seguros de que me alegro de que hayáis descubierto verdaderamente, fuera de nosotros un ser benévolamente, fuera de nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«¡Oh! perdonadme, escritores sublimes que nada os detiene, ni siquiera las contradicciones. No tengo razón, ya no me cabe duda, y me retracto de todo corazón. Estad seguros de que me alegro de que hayáis descubierto verdaderamente, fuera de nosotros un ser benévolamente, fuera de nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

dos los brazos, capitales para todas las empresas, crédito para todos los proyectos, aceite para todas las llagas, bálsamo para todos los sufrimientos, consejos para todas las perplejidades, soluciones para todas las dudas, verdades para todas las inteligencias, distracciones para todos los aburrimientos, leche para la infancia, vino para la vejez, dispuesto a proveer todas nuestras necesidades, a anticiparse a nuestros deseos, satisfacer todas nuestras curiosidades, corregir todos nuestros errores, todas nuestras faltas y dispensarnos para lo sucesivo de tener previsión, prudencia, discernimiento, sagacidad, experiencia, orden, economía, temperancia y actividad.

«¿Por qué no habría de desearlo? Cuanto más lo reflexiono, mayormente veo que la cosa es cómoda y ya me tardará tener a mi alcance esta fuente inagotable de riquezas y de luces, este médico universal, este tesoro sin fondo, este consejero infalible que vosotros llamáis el ESTADO.»

Así es que pido me lo enseñéis, que me lo enseñéis, y por esto propongo un premio para el primero que descubra este fénix. Porque fuerza es que me concedáis que este descubrimiento precioso no ha sido hecho aquí, puesto que aquí, todo lo que se presenta con el nombre de Estado, el pueblo lo derriba enseguida, precisamente porque no llena las condiciones algo contradictorias del programa.

«¿Tendré que decirlo? Temo que sobre el particular somos víctimas de una de las más extrañas ilusiones que se hayan jamás apoderado de la especie humana.

«El hombre es hostil a la fatiga y al sufrimiento. Y, sin embargo, está condenado por la naturaleza al sufrimiento de la privación si no se toma la molestia de trabajar. Tiene que escoger entre dos males. ¿Cómo evitar ambos? Hasta aquí no he encontrado ni encontraré más que un medio: vivir a costa del trabajo ajeno, hacer de modo que la fatiga y la satisfacción no incumban a cada uno según la proporción natural, sino que toda la fatiga sea para unos y todas las satisfacciones para otros. De ahí la esclavitud, de ahí también la explotación, sea cual fuera la forma que afecte: guerras, imposturas, violencias, restricciones, fraudes, etc., abusos monstruosos, pero consecuentes con el pensamiento que les dio vida. Se debe odiar y combatir a los opresores, pero no se puede decir que son absurdos.

«La esclavitud va desapareciendo, y, por otra parte, esta propensión nuestra a defender nuestra hacienda hace que la explotación directa y cándida no sea ya tan fácil. Pero continúa subsistente una cosa, y es esta malhadada inclinación primitiva que llevan todos los hombres a hacer dos partes del lote complejo de la vida, endosando el trabajo a los demás y reservándose el ocio. Falta saber bajo qué nueva forma se manifiesta esta triste tendencia.

«El opresor no obra ya directamente con sus propias fuerzas sobre el oprimido. No, nuestra conciencia se ha vuelto demasiado metulosa para esto. Hay aún el tirano y la víctima, pero entre ambos se sitúa un intermediario y éste es el Estado, es decir, la misma ley. ¿Hay nada más propio para acallar nuestros escrúpulos y, lo que es más de apreciar, para vencer las resistencias? Así, pues, con uno u otro título, con uno u otro pretexto, nos dirigimos al Estado, diciéndole: «yo no encuentro que haya, entre mi trabajo y mis satisfacciones, una proporción que me satisfaga. Quisiera, para establecer el equilibrio deseado, tomar algo del bien ajeno. Pero esto es peligroso. ¿No podrías facilitarme la cosa? ¿No podrías darme un buen empleo? ¿o bien dificultar la industria de mis competidores? ¿o bien prestarme gratuitamente capitales que lo quitara a sus poseedores? ¿o crear mis hijos a costa del público? ¿o concederme primas de estímulo? ¿o asegurarme el bienestar cuando tenga cincuenta años? Por este medio conseguiré mi objeto con toda tranquilidad de conciencia, pues la misma ley habrá obrado por mí, y tendré todas las ventajas de la explotación sin correr los riesgos ni hacerme odioso.»

«Siendo cierto que, por un lado, todos dirigimos al Estado una petición parecida, y que, por otro, está probado que el Estado no puede procurar la satisfacción de unos sin recargar el trabajo de los demás, en espera de una mejor definición del Estado, me creo autorizado a dar aquí la mía. ¡Quién sabe! Tal vez obtenga el premio. He aquí:

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»

«Porque hoy como antes, todos, quien más quien menos, quisieráramos beneficiarnos con el trabajo ajeno. No nos atrevemos a exteriorizar este sentimiento y nos lo disimulamos a nosotros mismos. ¿Qué hacemos en este caso? Inventamos un intermediario, el Estado, al que se dirijen

«El Estado es la gran ficción a través de la cual todo el mundo procura vivir a expensas de todo el mundo.»